

El cuadro

En las guerras surgen millones de historias personales que traumatizan a quienes las viven. Los personajes reales de esas vivencias necesitan luego contarlas como vía de escape del trauma sufrido y para dar testimonio de su realidad, que no siempre coincide con la opinión oficial del momento, pues el recuerdo social es pendular y unas veces las ensalza y otras las denigra. En las guerras civiles, los enemigos son familiares, vecinos, amigos, compañeros, gente conocida que se sitúa en el conflicto cargada de variados odios y amores, lo que hace que las relaciones entre esos enemigos sean sensiblemente distintas de las que existen en guerras entre naciones, en las que los contendientes no se conocen. Al final de las guerras civiles, los enemigos, ya vencedores y vencidos, deben seguir viviendo juntos y conjugar las relaciones de parentesco o vecindad, que continúan existiendo, con las que han ocasionado los desastres de la guerra.

A pesar de que han pasado casi 65 años desde que terminó, el péndulo de la Guerra Civil continúa bailando en el aire, dejando a unos y a otros con el sentimiento de que la Historia no les hace justicia. Testigos de uno y otro bando cuentan aún sus verdades, todas ellas necesarias para el logro de la Verdad, pues cada uno de esos dramas es una pincelada en un cuadro de estilo puntillista: ninguno es paisaje por sí mismo, pero todos son necesarios para el final de la obra.

Si uno se acerca a uno de estos cuadros, no ve más que puntos. Es imprescindible cierta lejanía para hacerse una idea de la composición de las figuras. De cerca, las oscilaciones del péndulo marean. No en vano, de un péndulo se sirven los hipnotizadores para dormirnos.

Juan Bosco Castilla